



AGUSTÍN BASAVE

Régimen ornitorrinco

Al final del sexenio de Andrés Manuel López Obrador era más o menos fácil clasificar el régimen que había construido. Si bien podía discreparse en los matices, sólo sus más fervientes seguidores negaban que se trataba de un autoritarismo populista de partido hegemónico que, probablemente, sentaba las bases de una nueva modalidad de Maximato. Él seguiría gobernando tras bambalinas, silenciosa pero eficazmente, después del triunfo de Claudia Sheinbaum Pardo. Había dejado un minucioso manual de operación de la 4T y un grupo de incondicionales incrustados en el equipo de su sucesora, de modo que no necesitaría hacer declaraciones, vamos, ni siquiera enviar palomas mensajeras. Yo dije entonces que la de AMLO sería "la voz que se escucha en silencio". Vaticiné que cumpliría su promesa de desaparecer de la escena pública y que sólo reaparecería si se daba una flagrante violación de los dogmas cuatroteístas –reversión de la reforma energética o de la reforma judicial, v.gr.– o de una invasión estadounidense ordenada por Trump. Esto último, dicho sea de paso, lo sigo creyendo.

Lo que a juicio mío ha llegado a trastocar el entramado es Morena. El morenismo se ha dividido más rápidamente de lo que imaginé, y la línea de control obradorista se ha fragmentado. Resultaba obvio que, en cuanto AMLO saliera de Palacio Nacional, las tribus agazapadas tras la fachada de unidad erigida por el caudillo se volverían visibles y sus pleitos serían nota en los medios, tal vez incluso nota roja. Pero me quedé corto. No sólo se ha visibilizado la estructura tribal sino que su ánimo pendenciero ha

llegado a desafiar a la misma presidenta de la República. Era previsible que la subordinación a ella fuera menor a la que tenían con él; no lo era que disminuyera al grado de ignorarla en temas importantes. CSP cometió dos errores que lo permitieron: dejó el partido en manos de una pupila y un hijo del prócer, ambos con baja experiencia y alto perfil, y no se rodeó de asesores y operadores políticos avezados. Los mandarines morenistas, viejos lobos de mar, han aprovechado ambos vacíos.

Lo que hoy existe es una suerte de politburó de liderazgo difuso. Sí, nadie se atreve a tocar los asuntos prioritarios de AMLO, cuya figura sigue siendo suprema, pero en cuestiones de menor relevancia para él aunque vitales para el país los líderes del Congreso se despachan con la cuchara grande. Sólo cuando sus maniobras llegan al escándalo mediático CSP da manotazos en la mesa, que por cierto no siempre los meten en cintura. El Maximato, pues, no está funcionando como se esperaba –al menos como yo esperaba– porque los eslabones de la cadena de mando no están haciendo su parte. Ni la dirigencia de Morena tiene la capacidad de poner orden ni los jefes parlamentarios muestran la disciplina y la lealtad a AMLO –ya no se diga a CSP– que permitiría un gobierno coherente.

Las ambiciones que invariablemente se desatan cuando un autócrata se retira han provocado, en la 4T, un desbordamiento. Entre los mandarines ha sobrado audacia y ha faltado prudencia. Y claro, la ausencia de un manejo hábil de las palancas y los botones del poder presidencial ha catalizado el descontrol.



Si bien es difícil confirmar las versiones de que AMLO se ha hecho sentir explícitamente en algunos puntos de la agenda gubernamental, sería ingenuo desecharlas. El viraje en el relevo en la Comisión Nacional de Derechos Humanos fue ostensiblemente anómalo y hace imposible descartar ahí su influencia, como en un par de casos más donde se escucha su voz silenciosa. Es decir, es evidente que el influjo obradorista persiste, el problema es que los hilos que lo mueven se han enredado. Si vale la alegoría, el segundo piso es continuación del primero pero las conexiones viales están mal hechas y el tráfico de uno al otro se ha complicado. CSP no quiere ni puede romper el cordón umbilical antes de la revocación de mandato, so pena de generar ingobernabilidad, y mientras tanto la confianza de su mentor en los mecanismos de conducción que dejó implantados está probando ser infundada. Parece increíble, y no lo es, que un hombre de su astucia y sagacidad haya dejado el control de las Cámaras a quienes indudablemente iban a intentar rebasarlos a él y a ella, y que haya diseñado en su sucesión una ruta de poca política y mucha administración sin prever que otros tendrían que fijar el rumbo en situaciones extraordinarias. Lo parece porque al final se le escapó algo elemental que antes tuvo presente, que es la naturaleza humana; no lo es porque la soberbia –la de quien cree que su ascendencia es incontestable– es mala consejera.

Las fallas del engranaje cuatrotero cierran el paso a la ortodoxia taxonómica. Mi conclusión es que, en un sistema diseñado para la concentración absoluta del poder en una sola persona, no hay nadie que tome ese papel protagónico. El esquema ideado por AMLO para seguir mandando desde Palenque resultó defectuoso y su

preeminencia se redujo, pero CSP no está en condiciones de asir cabalmente el bastón de mando. No desea hacerlo por razones morales –afecto, lealtad, gratitud– ni tiene la fuerza por razones pragmáticas –el “menguado” poderío del expresidente sigue bastando para hacerle el país ingobernable– ni tiene claro cómo podría lograrlo. La consecuencia es que los jefes tribales de Morena han ocupado segmentos del espacio desocupado y se ha gestado un gobierno asaz peculiar, con una dosis de presidencialismo mexicano de viejo cuño, otra de Maximato limitado y una más de órgano colegiado a la soviética. A mí no se me ocurre un término politológicamente aceptable para denominar semejante revoltijo, pues sólo me viene a la mente la metáfora zoológica con que, en alusión a su eclecticismo, identifiqué a AMLO hace unos cinco años: se trata de un régimen ornitorrinco. Dejo a los lectores la búsqueda de un nombre apropiado.

No debe sorprendernos el embrollo. Los populistas se mueven por instinto y son alérgicos a la planeación, de manera que sus construcciones políticas suelen ser intrincadas. Agreguemos a esto su personalismo, su voluntarismo renuente al orden legal e institucional y el resultado es lo que vemos en México. Un demócrata habría impulsado y vigorizado la transición, habría consolidado los equilibrios y los contrapesos; AMLO hizo todo lo contrario: colonizó al Poder Judicial, impuso la dominancia en el Poder Legislativo de los rivales de la presidenta y dejó al partido oficial al arbitrio de jóvenes sin suficiente oficio. Ahora el reto es para CSP, y va más allá de desmarcarse de su predecesor: estriba en deslindarse del populismo, empezando por asumir el poder que democrática y constitucionalmente le corresponde y por revertir la nefanda reforma judicial.

Permítaseme expresar mi profundo escepticismo. 